



LOS NIÑOS PERDIDOS
NO LLORAN

G. E. Lobato

LOS NIÑOS PERDIDOS
NO LLORAN



Primera edición: noviembre 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© G. E. Lobato

© Sahuaro Visuals: Diseño de cubierta.

ISBN: 978-84-10082-12-0

ISBN digital: 978-84-10082-13-7

Depósito legal: M-32730-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A los amores que sacudieron mi vida,
a los niños con los que aprendí a querer
y a mí mismo.*

Este libro está escrito con la playlist a la que puedes acceder con en el siguiente código QR. Para disfrutar de una mayor experiencia inmersiva te invito a que lo abras, y, si te gusta acompañar la lectura de música, que lo hagas con la que la obra fue creada y conectemos a través de ella.



1

Manuel vive en la buhardilla B del treinta y siete que corona la calle del Carnero.

A sus ochenta y siete años, sus enclenques rodillas no soportan los apenas cincuenta y tres kilos que separan el pellejo de sus huesos.

El reloj marcaba las ocho y treinta mientras crujía la madera en su matinal paseo de cocina a comedor. Es un piso viejo, como viejas son las vigas que soportan el recuerdo de una soledad desolada.

Cada mañana, Manuel desciende lentamente por cada uno de los cientos treinta y siete escalones que, desgastados por el centro, conducen hasta el piso cero. El piso de la luz y del viento. El que acumula la basura y amontona propaganda tras la puerta de los contadores.

Abrazado a los barrotes del pasamano, Manuel, vertiginosamente, lanza su pie, sujetando con la punta de sus dedos la babucha agujereada en el lateral interno; agujereada para hacer hueco a las deformaciones a las que el caminar le ha ido sometiendo con el tiempo, para apoyarlo al fin sobre la siguiente baldosa, sobre el siguiente ni-

vel, y conseguir con ello un nuevo hito; se da tiempo a un respiro antes de enfrentarse al siguiente. Reto a reto, escalón a escalón, Manuel va deshaciendo la escalera y, una vez abajo, en el último nivel, revisa con cuidado el buzón de su correspondencia. Lo vacía receloso. Se adueña de lo propio y, enfadado, rechaza con desdén la propaganda que habitualmente rebosa al mismo ritmo demandante en que cada día se deshace de ella.

Entonces, vuelve a enfrentar la inclinación de su propio cuello, mirando a la cima que marca la perspectiva caballera, para volver a sujetarse a la baranda y alcanzar, paso a paso, la cima de su cuarto piso.

En su esfuerzo titánico, tiene tiempo de pensar, de debatir, de rezar, y, sobre todo, tiene tiempo de tener miedo. Una vez, se entretuvo concentrándose en contar el total los escalones durante un ascenso, ahuyentando la idea de pasar el día en el rellano por un dolor que le había taladrado la cadera derecha desde el segundo piso en el descenso. Ciento treinta y siete.

Durante esa semana, los volvió a contar en todas las ocasiones que bajó, ante la duda y la inexplicable incongruencia de que el total fuera un número impar. Este sinsentido lo mantuvo dando vueltas en la cama, retrasó sus simétricas horas de sueño y, sobre todo, lo obligó a dudar de la pericia del arquitecto que, en su día, ciento cuatro años antes, había diseñado el edificio.

Por suerte, el domingo, el día que Manuel reservaba para salir al exterior y pasear por las calles del barrio, al alcanzar el negro metal del portón exterior, advirtió que

un último escalón salvaba los veinte centímetros restantes para llegar hasta el suelo, cuadrando en par el número de escalones y, lo que es aún más importante, aportando la tranquilidad a Manuel, que, haciendo un esfuerzo por omitir la distancia entre el corredor y el grueso troncal de la escalera, pudo al fin olvidar la idea de que el edificio pudiera caérsele encima.

En su rutina, Manuel enciende la radio y ajusta lentamente la aguja hasta sintonizar sin interferencias el noticiero matinal. En otra época, acostumbraba a comprar el periódico cada mañana. Diferentes editoriales para contrastar la información y asegurarse con detalle de no estar siendo engañado. A continuación, pasaba horas leyéndolo, guiado por la punta de su lápiz con el que, palabra a palabra, sobrevolaba hasta llegar a la sección de crucigramas y, como un niño en la hora del recreo, esbozaba una tímida y clandestina sonrisa justo antes de enfrentarse a ellos.

Por aquel entonces, el locutor emitía el monólogo que Manuel escuchaba atentamente sentado junto a la mesa del comedor, vestida a punto de cruz. Orientó la radio hacia su oído derecho, que mantenía en mejor forma, y permaneció inmóvil ante la información que de ella emanaba.

En el cristal de la ventana cerrada, se reflejaba la imagen del anciano con gafas de varilla dorada que, lentamente, deslizaba hasta la mitad de su nariz; como si con ello realmente escuchase mejor.

Antes de dejar que acabase la retransmisión, giró lentamente su muñeca para poner a la vista la esfera de su

reloj. «Son casi las nueve», pensó extrañado. Minutos después, repitió el mismo gesto y sonó el timbre.

—¡Ya era hora! —exclamó con voz de enfado.

Al otro lado, Gabriela, de cuarenta y siete años, resoplaba, mirando al techo como cada miércoles tras llamar a la puerta a las nueve y un minuto.

—¿Qué tal ha dormido hoy el gruñón?

—No me hagas hablar, llevo desde las siete de la mañana escuchando cómo la Mari hace todo lo que quiere hacer.

—Pero si es una abuelita, Manuel, qué tipo de ruidos puede hacer esa señora. ¡Si apenas puede moverse!

—Pues eso digo yo, Gabi, eso digo yo. Y, además, tampoco entiendo la necesidad de dar portazos con esa fuerza, ¡como si viviera en el campo, vamos! Toda mi vida estuve ahorrando para comprar esta casa, Gabi, toda mi vida. Y la pobre de Carmen, que en paz descansa, solo me repetía: «Manuel, que con el tercer piso estaremos bien, que no hace falta irse tan arriba, que no vamos a criar palomas». Vamos, me llego a comprar el tercer piso y se muda la Mari encima de nosotros, y te juro que me tiro por la ventana. O la tiro a ella, que es peor, porque encima seguro que Carmen, pobrecita mía, se hubiera enfadado conmigo, con lo buena que era.

—Bueno, pero, si le hubiese hecho caso usted a su difunta, ahora no tendría que bajar tantos pisos y saldría más a la calle, ¿no?

—Bobadas, Gabi, no empieces a ponerte de su parte, que es muy temprano. Ya viví durante veinte años de

niño con un loco de vecino arriba y ni por asomo iba yo a morirme soportando como algún desviado me pisotea constantemente.

—Como no te relajés, te voy a poner el agua helada —dijo Gabriela mientras le quitaba la camisa del pijama antes de meterlo en la ducha.

—A ver, ¿dónde has puesto el taburete?

—No sé, petarda, por ahí estará. Mira a ver en la cocina.

—Y se puede saber cómo has llevado el taburete hasta la cocina si apenas puedes con tu cuerpecito.

—Bueno, pues porque necesitaba una silla en ese sitio y se me ocurrió coger esa, porque todas las demás ya tenían un sitio asignado. Venga, aligérate, que empiezo a tener frío.

Mientras Gabriela le mojaba la espalda, Manuel recordaba fugazmente la cara de su esposa y fijó la mirada en el suelo, tratando de recordar cuántos años hacía que le faltaba.

Gabriela manejaba a Manuel casi de manera automática mientras repasaba una a una las tareas que había dejado pendientes en su propia casa. Vertió el jabón en la esponja y volvió a la Tierra advirtiendo el gesto impávido de Manuel, que continuaba en la duda de si realmente no recordaba ya cuánto hacía de aquella pérdida.

—A ver, ¿qué pasa ahora? —le preguntó mientras comenzaba a enjabonarle la espalda.

—Pues qué va a pasar, que mañana mismo tienes que comprar otra esponja, que esa me va a dejar la espalda como la del santo Cristo. ¿O es que no te das cuenta?

Gabriela hacía tiempo que había aprendido a ver lo divertido del duro carácter de Manuel y, en ocasiones, hasta llegaba a provocarlo disimuladamente para disfrutar de sus reacciones.

A Manuel, por su parte, le encantaba ver como Gabriela se enfadaba con sus contestaciones. Adoraba la forma en que ella intentaba incomodarlo a base de preguntas e intromisiones, aunque esto, como el mismo rezaba, «no lo reconocería ni aunque lo sometieran a tortura».

Gabriela pasó el resto de la mañana cocinando para que Manuel tuviera comida durante toda la semana, así que la jornada del miércoles siempre comenzaba de la misma forma.

Tras bañar a Manuel, ella abandonaba el piso para ir a hacer la compra, volver cargada de bolsas y encerrarse en la cocina.

Manuel aprovechaba ese rato para asomarse al balcón del salón e ir comentando en voz alta las apreciaciones que se le iban ocurriendo a Gabriela, que asentía la mayoría de las veces sin escuchar del todo lo que Manuel pretendía decir. Normalmente, tenían que ver con los ruidos del vecindario, que le hacían despejarse del asiento para curiosear, y con los avances de una sociedad equivocada.

Cuando terminaba en la cocina, normalmente era la hora de comer, y Gabriela se marchaba deseando una buena semana a Manuel; este le correspondía con un ademán de despedida tratando siempre de aparentar estar ocupado.

Las tardes de los miércoles solían ser las más duras. Muchas veces permanecía sentado en el sillón, repasando

do las bobadas que durante la mañana le había dicho a Gabriela.

A veces, se reía recordando la elocuencia de sus propias bromas. Otras, se enfadaba consigo mismo por temor a que Gabriela pudiera haberse ofendido con alguna de sus idioteces. A veces, le gustaría parecer más sofisticado y abría uno de los ejemplares que yacían abandonados en las estanterías del salón. Libros que una vez tuvieron vida, que él leyó apasionado, subrayó e, incluso, memorizó fragmentos para impresionar a una joven Carmela; fragmentos de los que ahora no es capaz de recordar absolutamente nada y de los que ni siquiera ahora es capaz de encontrarles el sentido.

La mayoría de esas veces, terminaba quedándose dormido en la segunda o tercera página, o bien lo interrumpía algún ruido en la calle; algún ruido que urgentemente tenía que ir a atender.

Por la noche, encendía el televisor y pasaba las horas cambiando de canal hasta que daban las diez en punto. Entonces, caminaba lentamente hasta su habitación, colgaba la bata en el perchero junto al armario y dejaba sus zapatillas alineadas con la junta de las primeras baldosas, apuntando hacia el frente. Se sentaba en la cama y se dormía abrazando la más grande de sus cuatro almohadas. Las mismas que habían estado ahí desde el último día que durmió Carmen, hacía ya no recuerda ni cuántos años.

2

Los siguientes días pasaron como solían pasar los días, Manuel bajaba escalón a escalón agarrado al pasamanos. Por aquel entonces, empleaba unos veinticinco minutos en bajar. No siempre se cronometraba, más bien coincidía que, justo antes de bajar, se sometía a un antiguo tic que consistía en mirar la esfera de su reloj agarrándola con los dedos. La mayoría de las veces ni siquiera recordaba la hora segundos después; lo hacía instintivamente, como si tuviera que llegar a algún lado. Como si tuviera prisa porque algo ocurriera. Como si esperara a alguien. Pero no pasaba nada.

Volvía a casa agotado tras comprobar el contenido del buzón. El sábado hizo un día precioso; podía ver desde su balcón cómo se llenaba la calle de transeúntes con su bullicio, con sus inquietudes. Manuel se arrepintió de haber subido o, más bien, de no haberse asomado antes de bajar al balcón y haberse preparado para dar un pequeño paseo. Pero entonces recordó que no era domingo, y los domingos es cuando él bajaba y atravesaba el umbral para reconocer lentamente las calles aledañas.

Antiguamente, podía pasear durante horas; se sabía el callejero de memoria y le gustaba hacer gala de ello. Muchas veces, era Antolín quien le acompañaba en el paseo, «un viejo gordo al que había que explicárselo todo y que no tenía ni idea de jugar al mus», o al menos esas fueron sus palabras la última vez que lo vio, y de eso hacía ya un par de meses como mínimo.

Durante esa tarde, trató de recordar por qué exactamente discutió con Antolín aquella vez que le prometió que no le buscaría nunca más. Manuel se perdió en los motivos, como aquella vez que tuvo que explicarle dos veces seguidas que para llegar a la iglesia de San Francisco el Grande era muchísimo más corto si ibas por la calle Toledo y girabas a la izquierda en la plaza de la Cebada que si bajabas a la puerta de Toledo y subías por la calle de Bailen, que en ese tramo se llamaba en realidad vía de San Francisco.

El domingo amaneció más cansado de lo habitual. Se lavó la cara mojando las puntas de sus dedos y repartiéndolo simétricamente el agua por ambas ojeras y luego por el resto de la cara. Eligió una camisa de las que Gabriela le había dejado dos miércoles antes y un pantalón de pinza.

Abrochar el botón del pantalón era, sin duda, el peor momento de los domingos. Y no era, como alguna vez le había contado Antolín que no podía abrochárselo por gordo, porque no le entraban los pantalones, sino porque tenía los dedos tan delgados que el botón, al agarrarlo, se le clavaba en los huesos y le dejaba una marca que no

se le iba hasta el lunes. Ya le había repetido varias veces a Gabriela que se lo arreglara de alguna forma, pero Gabriela, que no era costurera, le había cosido y descosido el mismo botón del orden de treinta veces sin encontrar la forma de reducirle la dureza.

Los botones de la camisa, sin embargo, eran más suaves y no tenía ese problema. Terminó de abrochársela; se miró al espejo y observó cómo le habían crecido los pelos de las cejas.

Agarró sus zapatillas de deporte y se sentó en el taburete para abrochárselas lentamente; deslizó los cordones entre sí y comprobó con firmeza que no se soltarían durante la travesía.

Observó el resto de su salón inmóvil, impasible; podría no volver o hacerlo, que nada cambiaría allí dentro.

Se dirigió a la puerta y, de reojo, miró el paragüero donde permanecía intacto el bastón que le había regalado Gabriela el mes pasado; «Vaya regalo de cumpleaños llamarte viejo» fue su forma de agradecerse entonces.

Ahora lo mira de reojo y continúa su camino resignado; cierra de un portazo, quizás algo más fuerte del que le hubiera gustado. No es que estuviese precisamente fuerte, sino todo lo contrario, pero seguramente una corriente de viento acompañara el impulso de Manuel y provocó un tremendo estruendo en el rellano.

Manuel se encogió de hombros y, en menos de tres segundos, se abrió la puerta A de la buhardilla del treinta y siete, la que habitaba la Mari.

—Pero, ¡bueno!, ¿qué ha sido eso? ¿Ha habido una explosión? —La Mari se movía despacio, pero, sin duda, bastante más ágil que Manuel, que no entendía cómo había podido salir al exterior antes de que el eco del portazo se disipara del todo.

—¿Qué dice de explosión, señora? ¡La ventana esa! ¡Qué diablos hará la ventana esa abierta a estas horas de la mañana!, ¿me lo puede explicar?

—Hijo, porque habrá que ventilar. Cómo se nota que con la edad se pierden los sentidos...

Manuel adoptó su postura de enfado: cerró los puños e hizo ver su indignación.

—Hijo, perdona, no te pongas así, yo es que no entiendo la necesidad de estar dando esos portazos todo el día. Un día se nos va a caer la casa encima.

Manuel se giró, mordiéndose la ira que le brotaba entre los dientes, y puso rumbo a los ciento treinta y siete escalones que aún le quedaban por delante.

El paseo no duró demasiado. El cielo estaba nublado y Manuel se repetía como un mantra haber olvidado coger el paraguas por culpa de la Mari, que lo había distraído. Bordeó sin prisa la plaza del General Vara del Rey y discutió consigo mismo la necesidad de cambiarle el nombre por una noticia que había escuchado el día anterior en la radio.

«Qué manía con querer cambiar las cosas todo el rato».

Continuó por la calle Santa Ana, donde, al parecer, estaban sustituyendo los adoquines y estaba entera en

obras, de manera que tuvo que atravesar la calle a través de varias planchas de metal, agarrándose a las inestables vallas amarillas, y llegó a la misma conclusión que antes, pero esta vez en voz alta.

Decidió volver a casa maldiciendo aquel domingo.

Al llegar al umbral del treinta y siete, Manuel respiró profundo. Hurgó en su bolsillo derecho, perdiendo la mano en su interior y, entre un puñado de monedas que no debían sumar un euro, agarró las llaves por la punta de la mayor. Abrir esa dichosa puerta también era un reto y decenas de veces se lo había puesto por escrito al presidente de la comunidad. Además, con el domingo que llevaba, auguraba el más desastroso desenlace: tener que acabar llamando a la Mari para que le abriera la puerta, porque ella los domingos era el único día que no salía de su casa más que para la misa de las ocho.

Lo consiguió a la primera. Extrajo la llave de la cerradura y la miró extrañado.

«Esto sí que no me lo esperaba hoy».

Cerró con delicadeza y acompañó el recorrido de la puerta con pequeños pasos. Los mismos que dio para llegar hasta la hilera buzones que acompañaban el zaguán hasta el comienzo de la escalera. La observó con cierto temor. Esa mañana, estaba especialmente cansado. Recordó la pintada en la pared que había visto justo una semana antes cuando el paseo se alargó hasta Tirso de Molina en un recorrido más tradicional y la dijo en voz baja:

—El primer escalón de una escalera siempre es el último de otra. —Y para concluir, añadió—: Panda de delincuentes.

Se giró hacia su buzón; pasó el dedo índice primero por el borde de la ranura, tratando de adivinar, como cada mañana, si estaba vacío o no. Continuó deslizando el pulgar hasta encontrar la cerradura, apoyar la diminuta llave y abrir la puerta.

Varios folletos de papel brillante cayeron en picado y dos de ellos planearon lentamente hasta los pies de Manuel, que, asombrado por el peso del contenido del buzón, no supo muy bien si dedicar la mitad de sus energías en agacharse a recoger los papeles o hacer una disimulada y lenta huida hacia el pasamanos.

Recordó por un instante aquel bastón de la entrada de su casa y en lo bien que le hubiera venido en ese momento, y desvía de nuevo su atención hacia la escalera.

«Solo dos han planeado», piensa Manuel, que tiene toda la mañana por delante.

En el suelo, una montaña de unos siete papeles contando con los que disfrutaron del vuelo permanecieron amontonados entre los pies de Manuel, que decidió colocar su pie a modo de escoba e ir arrastrando el pequeño montículo hasta los pies de la escalera, para, entonces, apoyarse en el primero de los balaustres. Se agachó lentamente, sacando la lengua corta como un niño que acaba de hallar la solución de un acertijo, y recogió arañando del suelo uno a uno los papeles que quedaron desparrramados.

Con más paciencia que delicadeza, se dedicó a la que, sin duda, es la parte más sofisticada: recuperar vértebra a vértebra la verticalidad. Lo consiguió no sin antes notar

como su pulso se aceleraba y la visión se le nublaba hasta sentir el vaivén que siempre esperaba al levantarse del váter.

Apretó con fuerza la bola que presidía el balaustre y recordó la marca que eso le dejaría por días, aunque decidió dejarlo ir y dedicarse una a una a sus preocupaciones.

Entonces, recuperó el equilibrio y miró el taco de papeles entre sus manos, revisando de reojo que no hubiese quedado ninguno en el suelo.

Cerró los ojos en señal de alivio y comprobó uno a uno los folletos entre sus manos.

Notó que uno de ellos, el de mayor peso, tenía un gramaje diferente al resto y decidió dejarlo para el final, evitando mirarlo mientras lo situaba el último.

Revisó los primeros sin dedicarles demasiada atención, aunque disfrutando de la intriga.

Los primeros eran todos de comida a domicilio y, entre ellos, un clásico de «Se alquila piso».

El último era una carta.

3

Subió con las prisas de un perezoso salvaje, agarrando uno a uno los barrotos del pasamano.

Al final de cada tramo, paraba para mirar aquella carta y, justo después, su reloj, con el mismo maniático gesto. Durante el último piso, ya lo repetía cada cuatro o cinco escalones, exagerando la cadencia.

Llegó, por fin, a casa y cerró la puerta con delicadeza tratando de no dar otro portazo.

Hacía tiempo que no recibía correspondencia, mucho tiempo. Lo cierto es que solo revisaba el buzón cada mañana esperando los informes del banco, de su pensión de jubilado y los gastos semanales que en su rutina actual no excedían de agua y luz.

Dejó la carta en la mesa del salón y fue hacia el dormitorio a buscar sus gafas de lectura. Por alguna razón, Manuel posponía el momento de la apertura y se dedicó durante varios minutos a desviarse en idas y venidas de salón a cocina, de cocina a salón y de salón a cuarto de baño. Quizás más despistado que de costumbre, quizás alargando la agonía, probablemente posponiendo una posible decepción.

Bebió un trago de agua de la botella de cristal que había sacado del frigorífico en la primera de esas idas y observó la carta, paralizada como él, desde la puerta del salón.

Decidido, se atrevió, por fin, a caminar hacia ella. Desde lejos, aguzó la vista, pero no acertaba a ver remitente ni ninguna otra escritura en su exterior. Arrastró la silla hasta ponerla frente a ella. Como si le tuviera respeto, como si pesara tanto que no pudiera ni siquiera tocarla.

Entonces, la agarró por los bordes ya con las gafas puestas. La giró y pudo ver el nombre de su emisor: Luis Berlanga Ramos.

Manuel se quitó las gafas, deslizando la patilla derecha por su mejilla, arañando la piel defraudada una vez más por la crueldad del destino.

—¡Basural! —Agarró la carta y la lanzó contra el centro de mesa, sustituyendo toda su intriga por desprecio.

Intentó levantarse en el mismo impulso sin éxito. Sin fuerza.

Golpeaba velozmente la mesa con la piel de los nudillos al tiempo que su cabeza se disparaba.

No pensaba en nada. Tampoco en qué. Hay ocasiones en las que el subconsciente gestiona tanta información que a la razón no le llegan ni los títulos del debate.

Se agarró de las piernas por las rodillas y, balanceándose, consiguió ponerse al fin de pie para ir al baño y lavarse la cara intentando despertar del letargo. Permaneció unos minutos mirándose al espejo.

Salió al balcón y se sentó a mirar cómo se paseaba el domingo por su ventana, y así transcurrieron las horas que le separaban de la noche.

A la mañana siguiente, todo seguía exactamente igual. En cada uno de sus paseos entre las estancias de la casa, miraba de reojo la carta junto al florero del centro de mesa.

Finalmente, se sentó ante ella y comenzó a analizarla.

Pasada la decepción, había comenzado a sentir cierta intriga por su contenido.

Desde fuera no parecía una carta de deudas ni tampoco parecía promocionar nada. Volvió a posarse en las únicas letras del reverso: Luis Berlanga Ramos.

«Luis Berlanga Ramos», pensaba, tratando de recordar si conocía a alguien con ese nombre.

La duda se mezclaba, poco a poco, con la idea de abrir el sobre y comprobar su contenido.

«Luis Berlanga Ramos». Con la uña de su dedo índice, comenzó a rascar el borde central. Como si no fuera su intención.

Con disimulo, la giró, orientándola hacia abajo para ver si había conseguido despegar alguna parte de la solapa.

«Está bien pegada la *jodía*».

«¿Cómo de ilegal será que yo abra esta carta?».

«Estaba en mi buzón, desde luego, nadie debería echarme la culpa a mí».

Se imaginó por un instante cómo, segundos después de romper el sobre, entraban por la ventana dos equipos

del GEO para detenerlo como en aquella película que habían televisado unos días atrás.

Se decidió a pellizcar el papel; abrió primero una pequeña ranura y, agudizando su oído derecho, comprobó que esa remota posibilidad no se estaba llevando a cabo por disparatada que pareciera, y la abrió por fin, terminando por romper el sobre.

De su interior, extrajo un papel doblado en tres partes. Manuel lo analizó con detalle. Se trataba de un folio manuscrito con una caligrafía bastante buena, alargada y puntiaguda. Deslizó sus gafas hasta la punta de la nariz para enfocar con más acierto y comenzó a leerla:

Querida Marta:

Sé que ahora mismo estarás flipando. Llevo meses tratando de encontrarte y, aunque esto no es más que una botella en el mar, encontré esta dirección en aquel libro que me regalaste. Sé que no querías que te siguiera y que ha pasado mucho tiempo. Imagino que habrás rehecho tu vida y que, posiblemente, esto no sea más que una puñalada en la espalda para ti.

Realmente, no estoy muy seguro de que sea esta tu dirección y no sé si alguien llegará a leer alguna vez estas palabras o son solo mensajes al espacio.

Aun así, seguiré enviándote más a esta dirección, porque es lo único tuyo que me queda, y lo cierto es que he vuelto a necesitarte como ya lo hice una vez. Como nunca antes lo había hecho y como no creo que jamás lo vuelva a hacer. Volveré a escribirte confiando en que un día contestes. Aunque sea pidiéndome que no te escriba más, porque, al menos, sabré que te he encontrado.

Siento una vez más todo lo que ocurrió Marta. Haber dado con esta dirección es para mí un rayo de esperanza. Una señal del destino.

No te olvida,

LUIS

Manuel se quedó perplejo. Se sentía mal por haber abierto una carta tan íntima y personal. La volvió a leer. ¿Qué habría pasado? Empezó a sentir cierta pena por el chico. También algo de preocupación por ella. Igual escapó de él. Igual se trataba de un asesino en serie.

«Se escucha cada cosa en las noticias que cualquiera sabe».

